

EL AGUA Y NOSOTROS

Luis Bausero

“Casi todos los pueblos mediterráneos, alcanzado un cierto grado de evolución civil, han llegado a la canalización y a la conducción a distancia del agua necesaria al uso doméstico; más, solamente entre los romanos y la distribución del agua hacia los grandes o no grandes complejos urbanos alcanzó un grado de perfección superado solo por los medios de que dispone la civilización moderna.”⁽¹⁾

Y tanta era el agua que, por ejemplo, llegaba a Roma, que la suma de los once acueductos que la surtían era de 992.000 metros cúbicos por día. Esta exactitud de datos se puede sacar de la obra “Los Acueductos Romanos” del que fuera curador del abastecimiento de agua de aquella ciudad, Sextus Julius Frontinus, que vivió entre fines del siglo I y principios del II.⁽²⁾

Esta cantidad era superior al gasto aforo (cantidad de agua que pasa en determinado tiempo) del río Tíber y, como la población de Roma, en ese tiempo, se calculaba en aproximadamente un millón de personas, distribuida esta cantidad, entre sus habitantes, nos da mil litros por cada uno y por día; cantidad que ha bajado a más de la mitad en la época actual: 475 hacia 1970⁽³⁾. En Montevideo, según datos obtenidos en O.S.E., el gasto entre habitantes está entre 150 y 200 litros por día⁽⁴⁾. Téngase en cuenta que esto es el consumo neto, repartido entre todos los habitantes; cantidad que en realidad está muy lejos de alcanzarse entre la numerosa población marginada (cantegriles) y que en esto se incluyen las industrias instaladas en la capital.

Por otro lado piénsese en el gasto que en Roma habían de insumir las grandes termas de la ciudad, donde era posible, en los grandes establecimientos (Caracalla, Diodeciano) el baño de hasta 1600 personas simultáneamente. La terma de Caracalla dejó de funcionar en el año 537 por la ruptura del acueducto que la servía cuando las tropas de Vitigio pusieron sitio a la ciudad.

(1) G. Caretoni: “Acquedotto”. Enciclopedia dell’Arte Antica. T.1, pág. 36. Roma, 1958.

(2) Frontin: “Les aqueducts de la ville de Roma”. Les belles lettres, París, 1944.

(3) F. Coarelli: “Guida Archeologica di Roma”. Roma, 1974.

(4) Atención del Ing. Ricardo Tosar Errecart.

El historiador norteamericano Arthur Ferrill dice, muy justamente, que los romanos estaban obsesionados por los baños; y así lo era, en efecto, y la prueba de ello son las termas construidas en todos los centros poblados del imperio aunque ello significase traer el agua a través de los acueductos desde grandes distancias. Estas construcciones se hacían en los centros poblados donde las casas de dos o tres no eran aptas para construir baños privados y estas termas permitían el baño, los ejercicios físicos, los masajes, etc. a muchos usuarios a la vez. Los baños estaban abiertos desde la mañana a la noche a todos los habitantes de la ciudad, incluidos los esclavos.⁽⁵⁾

El número de estos baños era tal que respondía perfectamente a la frecuencia de una masa grande de visitantes. Los “Regionarios”, descripción de las diferentes regiones de Roma en que la había dividido Augusto, dan en la época de Constantino (siglo IV) 952 baños, 1352 fuentes y 15 ninfeos (juegos de agua). Por otra parte los baños públicos eran muy frecuentes en todas las ciudades del imperio, del África a Bretaña, de Germania a Mesopotamia.

De crónicas de la época, registro el hecho siguiente: un señor, enterao de la enfermedad de un amigo, manda preguntar por su salud a uno de los esclavos y a éste le ordena que al volver a la casa entre en un establecimiento y se bañe.

Y a tanto esplendor de aguas y de higiene, ¿cómo sobrevino la terrible y profunda noche de la Alta Edad Media?

Una de las principales y primeras medidas que tomaban los bárbaros cuando sitiaban una ciudad, en las invasiones que van a terminar con el Imperio Romano de Occidente, era la de cortar los suministros a los sitiados y lógicamente entre ellos el agua; para ello se cortaban los acueductos. Como el corte se hacía en las inmediaciones de la ciudad, el agua seguía fluyendo y desparramándose en las zonas aledañas dando lugar a las aguas estancadas propicias para el desarrollo de las fiebres palúdicas. En el interior la falta de agua y, por lo tanto, de higiene, facilitó las enfermedades y las epidemias. Los bárbaros, tomada la ciudad, no restauraron los acueductos.

Hay, sin embargo, excepciones a esto: en Roma, en la Alta Edad Media, algunos papas, pocos, ya con poder temporal, restauraron acueductos.⁽⁶⁾

(5) F.M. De Robertis: “Storia sociale di Roma”. Le Classi inferiori. Roma, 1981.

(6) Ver el “Liber Pontificalis”, editado y comentado por Louis Duchesne. París, 1861.

A la falta de agua se agregó otra circunstancia que agravó la vida urbana. “Los romanos fueron grandes constructores de alcantarillados y cuando construían una ciudad, lo primero que pensaban era establecer estos servicios subterráneos. Cuando los bárbaros se hicieron patrones de las ciudades galo-romanas, no soñaron en conservar las cloacas antiguas, que pronto se tupieron y se perdieron. Las ciudades tenían entonces verdaderas redes cloacales y las aguas estancadas penetraban en el suelo, las calles estaban infestadas y la peste diezmaba periódicamente la población.”⁽⁷⁾

Mas, ¿qué pasaba en el resto de las ciudades del oeste de Europa? La mortificación derivada de la falta de agua y sus consecuencias: ausencia de higiene y enfermedades, es encaminada por la Iglesia (en esa época es la autoridad moral máxima) a aceptar esas mortificaciones para la salvación del alma, cuyos enemigos son el demonio, el mundo y la carne (es decir, el propio cuerpo del hombre). Por este camino, hacia la salvación del alma, se van a dar los excesos más increíbles: la total negligencia de la higiene personal, el no cambio de la ropa hasta su desgaste total. Esta mortificación del cuerpo va a entrar en la legislación monástica. Las reglas de San Benito (480-529) adoptadas en infinidad de monasterios de Occidente lo indican claramente en el capítulo XXXVI: “De los monjes enfermos”: se permitirá el baño a los ancianos enfermos todas las veces que se juzgue necesario; mas, a los sanos, mayormente si son jóvenes, rara vez se les conceda.

La Iglesia, dice Le Goff, santificó la mugre y la miseria del cuerpo cuando la falta de agua fue haciendo de la falta de higiene una virtud hasta la derrota del cuerpo⁽⁸⁾.

San Pacomio (siglo IV), fundador de muchas comunidades cenobíticas, en los números 92 y 93 de sus reglas, que van a influir en San Benito, prohíbe a los monjes bañarse, salvo caso de enfermedad; y en este caso tienen que recibir orden del superior⁽⁹⁾. Y a tanto llegó ello que en los conventos de mujeres la palabra baño era palabra obscena. Así comenzó el camino de los siglos en que el mundo occidental y cristiano eludió al agua, fuente de pecado, y le fue teniendo miedo por ser causante de debilitar la voluntad y de abrir los poros de la piel permitiendo el ingreso de enfermedades.

(7) M. Viollet - le Duc: “Dictionnaire raisonné del’ Architecture”. T. 5, pág. 19. París, 1861.

(8) J. Le Goff: *L’imaginaire médiéval*. París, 1985.

(9) Disposiciones que renueva San Atanasio para las vírgenes. J. P. Migne: P.G.T. XXVIII, colm. 264

Y avanzan los siglos. Los moros llegan a España y ellos traen el culto del agua y edifican termas similares a las de los romanos. Esto aguijonea el estilo de los escritores de ascética que muestran a los moros como licenciosos, sensuales y otras actitudes contrarias a la moral mortificante cristiana.

Abufelda (Ismael Imad - ad - Din Al - Ayubi, 1273 - 1331), geógrafo árabe, dice: “La ciudad de Córdoba, situada al oriente del Guadalquivir, dista 7 días de Toledo y mide 30.000 codos en redondo. Es la ciudad más importante de España, bien amurallada de piedra con 7 puertas, 1.000 mezquitas y 900 baños.”

Entre los árabes los baños siguen en decadencia para desaparecer del todo en los siglos de esplendor y del renacimiento de las cortes reales. Francisco primero, el brillante monarca del renacimiento francés (1494 - 1547), hacía sus funciones escatológicas en las grandes estufas de sus palacios.

“En Versalles, apoteosis de los Luises XIV, XV y XVI, no había baños. Algún noble tal vez, y que allí vivía, tenía en su guardarropa un asiento tapizado con un agujero. Los señores de la corte de Luis XIV se encontraban en la necesidad de ponerse cómodos (“se mettre a leur aise”) en los corredores porque no había baños. Esta negligencia en satisfacer las necesidades de nuestra naturaleza física era llevada tan lejos en el tiempo en que solo se soñaba en hacer arquitectura “noble”. No solo el castillo de Versalles, donde residía la corte durante el siglo XVIII, sino tampoco los palacios menos grandes, los poseían. No hace mucho que todos los departamentos de Tullerías estaban sin gabinetes higiénicos y tanto era así que cada mañana se hacía una limpieza general de las suciedades por personal “ad hoc”. Nos acordamos del olor que estaba expandido en tiempos de Luis XVIII (1715-1793) por los corredores de Saint-Cloud, pues las tradiciones de Versalles se habían conservado escrupulosamente. Este hecho relativo a Versalles no está exagerado. Un día que visitaba, siendo yo muy joven, ese palacio con una respetable dama de la corte de Luis XV, pasando por un corredor maloliente, ella no pudo retener una exclamación “de regret”: “¡Este olor cómo me recuerda los bien hermosos tiempos!”⁽¹⁰⁾

Alejados de Versalles vengamos a nuestro país; me sitió lógicamente en mi ciudad natal, Montevideo. Aquí puedo recoger noticias para señalar la presencia de agua en esta ciudad. Fundada en el primer cuarto del siglo XVIII, por más de un siglo el agua llegaba muy limitadamente en contenedores desde las fuentes de La Aguada y algo,

(10) M. Viollet - le Duc: ya citado, T.6, pág.163.

poquísimo, se obtenía de alguna fuente intramuros; por ejemplo, aquella casa sobre la cual Tomás Toribio - el arquitecto del Cabildo - tuvo que construir dejando un paso de servidumbre, en la actual calle Piedras, casa que todavía subsiste⁽¹¹⁾.

Muy avanzado el siglo XIX la compañía inglesa de aguas corrientes inaugura en 1871 la provisión de agua corriente a la ciudad, traída desde el río Santa Lucía. La fuente de la plaza Constitución rememora este acontecimiento. El agua poco a poco va llegando a todos los hogares.

¿Y los baños? Estos van a demorar en aparecer muchas décadas más. Pese a que la compañía de aguas corrientes hace propaganda por el cuarto de baño, el progreso es lento. La propia compañía, en su sede de la calle Zabala, en una de las vidrieras, exhibió un cuarto de baño completo. Esto lógicamente no era una prédica filantrópica, sino que el promover el uso del cuarto de baño con múltiples aparatos supone un mayor flujo de agua que los contadores se encargaban de registrar para ganancia de la compañía.

La revista "Arquitectura", órgano de la Sociedad de Arquitectos, en su número de marzo de 1920, publica tres fotografías de baños completos, propaganda de las firmas Casanova y Cía., Horacio Ellis y Cía., y Del Castillo y Morales. A pesar de ello, deduzco que hubo un gran atraso en la introducción del cuarto de baño en la casa común de familia. En el plano de la casa que habito, realizado por el agrimensor Carlos A. Mac Coll en agosto de 1924, figura un retrete de poco más de 1 x 2 metros con la indicación en un realzado de una taza turca simple. ¿Cuándo se construyó la casa? Se desprende, ya que en el título falta la fecha indicada, que por su estructura y altura de los techos es de los primeros años del siglo.

No olvidemos que, muy próximos a estos años veinte, comienza a trabajar una pléyade de arquitectos que nos van a empujar a una nueva modernidad; y con ellos sobrevendrá la generalización del cuarto de baño. Son los años de la actividad de los grandes arquitectos cuyos nombres perduran en sus obras y sus directivas: Ruiz, Vilamajó, Cravotto, Scasso...

Dejando el agua de los hogares, pasemos al uso ornamental y paisajístico de ella.

Montevideo tiene muy pocas fuentes; tuvo algunas más, tan maltratadas por los propios habitantes de la ciudad que se hizo necesario

(11) Véase para este tema: Isidoro de María, "Montevideo antiguo". Libro 1, cap. II, Montevideo, 1957.

eliminarlas. Me refiero, por ejemplo, a la fuente que el Arq. Mauricio Cravotto proyectara para la explanada del Palacio Municipal sobre la calle Ejido. Funcionó algunos años, pocos, mas, como se había transformado en un vaciadero de basura por obra de los mismos para quienes la fuente fue creada, se hizo necesaria su muerte. Fue rellenada de tierra, donde viven algunas especies vegetales.

Y eso trae a la memoria el agua de otra fuente que formaba un todo con el monumento a Hernandarias, obra sobresaliente del escritor Antonio Pena; el espejo de agua que rodeaba la peana donde se apoya el personaje le daba un halo singular de liviandad y poesía y, si el viento rizaba el agua, todo el conjunto tenía una nueva expresión de belleza. Hoy, transformado ese espejo de agua en un cantero de césped, ha hecho desaparecer el encanto que para el monumento quería Pena.

La fuente del Banco de Previsión Social en la hondonada de Fernández Crespo, obra del Arq. Mario Payssé Reyes ¿por qué no funciona?

Un aplauso merece el chorro del parque Rodó que oxigena las aguas del lago, alegría y vivifica el ánimo de los que por allí pasamos. Muy bien las fuentes en la plaza Fabini.

Parecería que muchos de nuestros arquitectos rara vez piensan en usar el agua para dar vida a sus creaciones; desde la plaza Fabini hasta el Palacio Legislativo en ninguno de los edificios públicos o privados de la Av. del Libertador hay una sola fuente. El grisísimo edificio del Banco Hipotecario tiene una bañera sobre el techo. ¿Es para recoger el agua de lluvia? ¿No sería mejor plantear un juego de agua a la vista del peatón? ¿Son los arquitectos quienes no las proyectan o es que los mismos se autolimitan previendo el mal uso que de las fuentes hacen muchos de nuestros ciudadanos?

En el interior de los edificios no hay fuentecillas. Veo una excepción en el banco de la calle Rincón casi Ituzaingó, que tiene una, tan atrayente, que da regocijo encontrarse con ella. Y esto es solo un ejemplo plausible de un hacer que ha comenzado a darse entre muchos arquitectos al incluir ese juego de luz inquieta, rumor y frescura en sus creaciones.

Los grandes centros comerciales sí han introducido fuentes en su interior (Punta Carretas, Larrañaga, Portones.)

En el interior del Palacio Taranco, mientras albergó en su subsuelo al Museo de Arqueología Clásica y Musulmana, funcionaron dos fuentes que ambientaban felizmente dicho museo.

¿Por qué la sequedad y el ritual árido de una oficina pública que no puede estar confortada con un juego de agua?

Y en el interior de los templos también es posible introducir el juego de agua tan vinculada por ejemplo con la liturgia católica u otras ramas cristianas. No recuerdo, lamentablemente, el nombre del libro y de su autor, un arquitecto francés dedicado a la arquitectura religiosa, en el que se plantea la siguiente sugerencia: habiéndose, después del Concilio Vaticano II, impulsado la reforma litúrgica y dado más poder para ello a los ordinarios episcopales, propone este arquitecto trasladar la pila bautismal al presbiterio (lugar adjunto al altar) y que allí sea el receptáculo de una fuente perenne que uniría su suave murmullo al rumor del rezo de los creyentes cuando no a la liturgia misma. Esto no alcanza solo al rito cristiano, ya que todas las teologías incluyen al agua como elemento esencial de sus creaciones y las religiones establecen liturgias donde ella tiene especial participación. Por ejemplo, en la sinagoga, sobran los motivos que pueden relacionarse con el agua e incorporarlos a la devoción del rito y del creyente: el mar Rojo, la vara de Moisés, el Jordán.

Después de presentar en breves líneas largos siglos de la inapresable historia del agua como una medalla asaz limitada, pongo, como exergo de ella, estos versos del altísimo poeta de nuestra lengua, San Juan de Cruz:

“Su origen no lo sé, pues no lo tiene
mas sé que todo origen de ella viene,
Aunque es de noche.”

30 de abril de 1997.